

Hace años yo era un predicador callejero. Me paré en una caja frente a una tienda departamental en el centro de Baltimore y comencé a hablar. Estaba en el seminario en ese momento con un grupo de seminaristas. Fue una experiencia que no he olvidado.

En otra ocasión, un predicador callejero instaló su tribuna en una esquina y comenzó a contarles a los peatones acerca de su necesidad de Dios. No llegaba a ninguna parte. De repente cambió de táctica. Cuando los oficinistas de un edificio cercano salían a almorzar, el predicador fijaba su mirada en alguien, lo señalaba y gritaba "culpable". Luego señalaba a otra persona y gritaba "culpable". Pronto los oficinistas empezaron a parecer culpables.

Bueno, esa no es mi intención esta mañana, pero espero que cuando comience la Cuaresma hagan una pausa y echen un vistazo a su interior. Este es un momento maravilloso para cambiar la dirección en la que buscamos la felicidad. No sé qué cargas puedes estar llevando, por ejemplo, tal vez un niño que no te habla, tal vez una adicción a la ira o al chisme, una creencia de que no eres lo suficientemente bueno; la lista sigue y sigue.

Por alguna razón, ¿estás descontento contigo mismo o vives con la creencia de que obtuviste un mal trato? Tal vez alguien se alejó de ti. Es posible que tengas el hábito de lastimar a las personas sin querer o incluso intencionalmente, tal vez sintiendo lástima por ti mismo.

Ahora es el momento de abrir tu corazón a Dios. Dios te ama. Él quiere lo mejor para ti. Pero, ¿cómo puedo cambiar? ¿Cómo cambio mi sentimiento de ansiedad o culpa o lo que sea, por gratitud de que soy amado, de que soy digno de ser amado?

Una noche, un joven, Piri, estaba acostado en la litera de su celda en la cárcel. Era drogadicto y intentó asesinar a alguien. De repente se dio cuenta del desastre que había hecho con su vida. Sintió un deseo

abrumador de orar. Pero compartía su celda con otro preso al que llamaban "el niño flaco". Así que esperó.

Después de pensar que el "niño flaco" estaba dormido, salió de su litera, se arrodilló en el piso frío de concreto y rezó. Él dijo: "Le dije a Dios lo que había en mi corazón... Le hablé claro... No hay grandes palabras... Le hablé de mis deseos y carencias, de mis decepciones... Sentí que hasta podía llorar... algo que no había podido hacer durante años".

Después de que Piri terminó su oración, una vocecita dijo "Amén". Era 'el niño flaco' y luego dijo: "Yo también creo en Dios". Y luego dijo: "Creo que Dios siempre está con nosotros. A veces no estamos con Él".

¡Comenzamos una época del año muy especial! Y tenemos la oración, la Eucaristía, la Reconciliación.